

Debes ser atento con Josefina

Escrito por Betty Horvarth
Adaptado por Vivian Cuesta



Según Carlos Méndez, había cincuenta y dos días especiales al año. Es decir, el sábado, y el sábado, y el sábado y el sábado y así era, cincuenta y dos veces al año.

Era el juego de béisbol lo que hacía que los sábados fueran días especiales. Cada sábado, si no estaba lloviendo o nevando, Carlos y todos sus amigos se reunían en el patio de recreo de la escuela. Jugaban al béisbol desde la mañanita hasta la tarde.

Hoy, sábado, el sol brillaba y era uno de los días especiales de Carlos. Estaba desayunando cuando sonó el teléfono. Oyó a su mamá contestarlo en el pasillo. Se oía emocionada y feliz. Cuando ella regresó a la cocina tenía una mirada que decía: tengo que apurarme.

Y así fue. —¡Ay! —dijo ella—. Tengo que apurarme. Una prima a quien no he visto desde chiquita está de visita en el pueblo. Va a pasar el día con nosotros.

—¡Qué bueno! —le dijo Carlos.

—Llegará dentro de una hora —dijo su mamá mirando el reloj—. Tengo mucho que hacer. Entonces empezó a limpiar la mesa.



Carlos se dio cuenta de que no valía la pena pedirle más panqueques. "Mejor me voy", pensó. Recogió su bate y su guante, y cuando había llegado casi hasta la puerta su mamá le dijo:
—Carlos, hoy voy a necesitar tu ayuda.

Carlos se detuvo en la puerta, aunque tenía ganas de irse. Pensó que después de todo todavía era temprano. Y, además, ella era su mamá. —Está bien —dijo—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Barrer el portal? ¿Correr a la tienda? ¿Cortar la hierba?

—No —le dijo ella—. Nada de eso. Necesito que me ayudes con la visita. Elena va a traer a su hijita, y yo quiero que seas atento con Josefina.

—¿JOSEFINA? ¿Una niña? ¿Y yo tengo que ser atento con ella? ¿Todo el día? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—La sangre llama —le dijo su mamá.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Carlos.

—Eso quiere decir que la familia es importante —dijo su mamá—. Quiere decir que vas a tener que ser atento con Josefina. Ahora, ve a tu cuarto, ponte una camisa limpia y piensa en algo que a Josefina le gustaría hacer.

—Yo sé lo que le gustaría hacer —dijo Carlos—. Va a querer jugar con muñecas o jugar con casitas o vestirse. ¡Niñas, uf! ¡Josefina, doble uf! Ella probablemente es bonita. ¡Uf, uf, triple uf! —agregó con disgusto. Su día especial estaba arruinado.

Entonces se le ocurrió algo todavía peor. ¿Qué pasaría si sus amigos, especialmente el bocón de Jacobo, lo vieran jugando con una niña? ¡Qué vergüenza! Nunca lo dejarían en paz.

—Tendré que esconderla —decidió Carlos—. ¿Pero dónde puedo esconder algo tan grande como una niña?

“La llevaré al campo”, pensó. “Eso es lo que voy a hacer”. Se puso a pensar en días de campo, en la comida y en las niñas. Entonces empezó a sonreírse.

“Apuesto que ella nunca ha ido a un día de campo como éste. Quizás hasta podríamos ir de pesca”, se dijo a sí mismo.

Se fue a su cuarto, casi alegremente, para cambiarse la camisa.

Estaba en la cocina haciendo unos sándwiches cuando llegó la visita.

—¡Ya llegaron, bienvenidas! —dijo su mamá.

Carlos se asomó por la esquina. “Qué bueno que estaba equivocado acerca de una cosa”, pensó. Era verdad que no era bonita. Por lo menos hasta que le salieran más dientes. Le faltaban todos los dientes del frente.

—¿Dónde está Carlos? —preguntó Josefina.

—Aquí vengo —dijo Carlos. Agarró la bolsa del almuerzo y fue a la sala a conocer a sus primas.

—Carlos va a llevar a Josefina al campo —explicó la mamá de Carlos.

—¡Ay, qué bueno! —dijo Josefina, con su sonrisa sin dientes.

—¡Qué amable es! —dijo su prima Elena.

Mientras ellos salían por la puerta de atrás, la mamá de Carlos les dijo: —Asegúrense de regresar a tiempo para la cena.

“Eso sí ya lo sabía”, pensó Carlos. Seguro que no pienso pasar más tiempo de lo necesario con Josefina.

Agarró sus dos cañas de pescar y la caja de pesca del garaje y se las dio a Josefina para que ella las llevara.



—Jugaremos a que somos exploradores —le dijo.

—Está bien —contestó Josefina.

El camino más corto al arroyo pasaba a un lado del patio de la escuela y por encima de la loma. “Pero no hay prisa”, pensó Carlos. “Tomaremos el camino más largo”.

Escondidos pasaron por el callejón y cruzaron un terreno vacío, caminando cerca de los arbustos.

—¡Para que los animales feroces no nos vean! —explicó Carlos.

“Especialmente ese grupo de feroces jugadores de béisbol”, pensó, “como Tomás, Gabriel, Roberto y sobre todo, el bocón de Jacobo”.

Josefina corría detrás de él. Carlos pensó que ella iba a empezar a hacer preguntas y a decir tonterías, como una niña. Entonces nadie lo podría culpar si se le olvidaba ser atento y le decía que le estaba arruinando su día especial porque no podía jugar al béisbol. Deseaba que ella empezara ya a decir tonterías, como una niña.

Ella estaba calladita. Tan calladita como un niño.



—¿No quieres saber adónde vamos? —le preguntó Carlos.

—¿Vamos al campo, no? —dijo Josefina.

—Sí, así es. —dijo Carlos.

El río ya se podía ver. —También vamos a pescar —dijo Carlos.

—Eso es lo que creí —dijo Josefina. Puso la caja de pesca y las cañas a la orilla del río con cuidado. —¿Puedo cavar y buscar las lombrices?

Carlos la miró. —Eso es lo que te iba a pedir que hicieras —le murmuró—. ¿A ti te gustan las lombrices?

—Bueno, en realidad —dijo Josefina—, me gustan más las serpientes. Pero basta con las lombrices.

Entonces se puso a trabajar. Encontró un palo afilado para cavar, se quitó la gorra, la llenó con tierra suelta y húmeda, y empezó a buscar lombrices. Carlos se quedó asombrado. No se le ocurría nada qué decir. Hasta ahora su paseo al campo no era exactamente como él había planeado.

—¿Estás segura de que no prefieres jugar con muñecas?
—le preguntó.

—No, no lo prefiero —dijo Josefina, mientras dejaba caer una lombriz gorda en su gorra—. Pero si tú quieres, lo hago.

—Olvidalo —dijo Carlos en voz baja. Se sentía confundido. Josefina siguió cavando y buscando lombrices. Carlos la miró por un rato, y entonces decidió ayudarla.

Ahora el sol estaba alto y a Carlos le estaba dando hambre.

—Paremos para almorzar —le dijo.

En el río se lavaron las manos cubiertas de lodo, y se sentaron debajo de un árbol. Carlos abrió la bolsa de almuerzo. Sacó un sándwich de jamón para él y le dio el otro a Josefina.

—¿Qué es esto? —le preguntó Josefina.

Carlos se sintió incómodo. —Mantequilla de cacahuete y mostaza —le dijo.

—Yo nunca he comido eso —dijo Josefina.

Carlos se arrepintió. —Cómete el de jamón si prefieres —le ofreció.

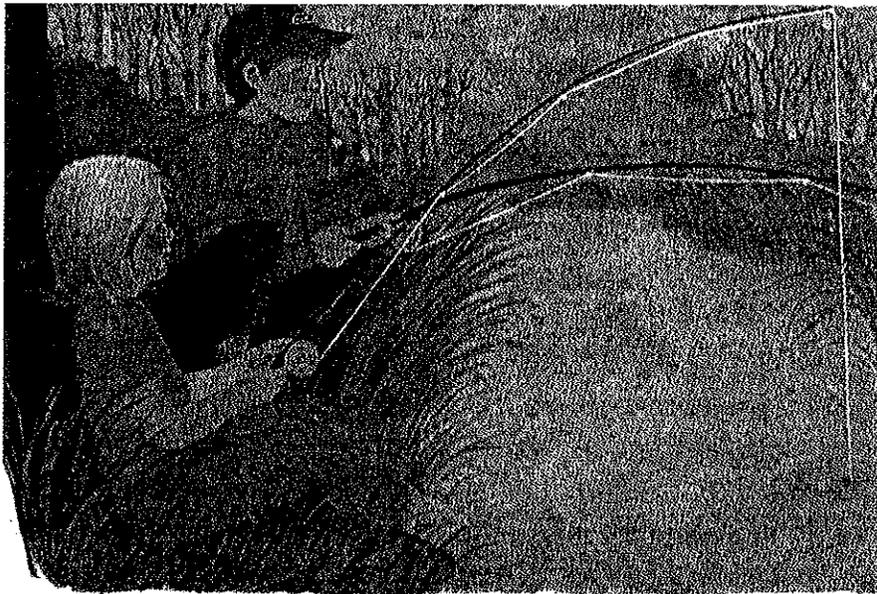
—No, dijo Josefina—. He comido jamón muchas veces. Esto es diferente. ¿Lo hiciste especialmente para mí?

—Sí —dijo Carlos—, por supuesto.

—¡Qué amable eres! —dijo Josefina.

Por alguna razón que no comprendía, Carlos decidió no darle la manzana podrida.

—Vamos a pescar —le dijo.



Se sentaron a la orilla del río, dejando colgar los pies descalzos y mirando la caña para ver si picaban los peces. Josefina podía ponerle la carnada a su anzuelo, y sabía que no debía hacer ruido para no asustar a los peces.

“Para ser una niña, no es tan mal”, pensó Carlos. “Si tengo que pasar un día entero con una niña, es mejor que sea Josefina”. Decidió que cuando le salieran algunos dientes, tal vez no sería tan fea. No tan bonita que la hiciera repugnante, pero tampoco muy fea.

—¿Has jugado al béisbol? —le preguntó Josefina.

—A veces —dijo Carlos, quien en dos años no había pasado un sábado sin jugar béisbol.

—Muchos de los niños que yo conozco prefieren jugar al béisbol que ir a pescar con una niña —dijo Josefina.

—Pues sí —dijo Carlos—, hay que hacer algo diferente de vez en cuando.

Eso no era lo que él había pensado decir. Pero le gustaba lo tranquilo del bosque fresco y del sol brillante que pasaba por entre las hojas de los árboles y del sonido del río al chocar contra un tronco. “Había peores maneras de pasar un día especial que ir a pescar”, pensó Carlos. Puso otra lombriz en su anzuelo y se acomodó en la orilla del río bajo la sombra del árbol.

Los pájaros cantaban en la cima de los árboles. Las ranas croaban en el tronco hueco. El sol bajaba más y más.

—¡Ay, caramba! —dijo Carlos mirando el sol—. ¡Ya es tarde! Tendremos que apurarnos para llegar a casa a tiempo para cenar.

Tiraron las lombrices que quedaban en la gorra de Josefina, quitaron los anzuelos de las cañas y los guardaron en la caja de pesca. Recogieron la bolsa vacía del almuerzo y empezaron el regreso a casa.

Carlos llevaba todo.

—¿Quieres que lleve algo? —le preguntó Josefina.

—No —dijo Carlos bruscamente—, es mi turno.

—¿Vamos por un camino diferente? —preguntó Josefina.

—Sí —dijo Carlos—. Debemos tomar el camino más corto, si no vamos a llegar tarde para la cena. Te voy a enseñar dónde está mi escuela.

Josefina corría a su lado. Al acercarse más a la escuela, oyeron voces. El juego de béisbol todavía se jugaba. Allí estaban todos: Tomás, Gabriel, Roberto y el bocón de Jacobo.

—Mira, allí va Carlos —gritó Tomás—. ¿Dónde has estado todo el día, Carlos?

—¿Quién es tu novia? —le gritó Jacobo.

—Ella no es mi novia —dijo Carlos—. Es mi prima Josefina.

—Te perdiste un buen juego —le dijo Jacobo—.

¿Tuviste que pasar el día entero con ella?



“Era increíble”, pensó Carlos, “cómo algunos niños podían ser tan mal educados”. Miró a Josefina. Era un poco pequeña y parecía que iba a llorar. Tenía que hacerla sentirse mejor pronto.

Carlos se escuchó decir algo que no esperaba: —No, yo no tuve que pasar el día con ella. Yo lo quise hacer. Ella es mi prima. ¿Nunca les han dicho que la sangre llama?



El bocón, Jacobo, se veía confuso. —¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que la familia es más importante
—dijo Carlos—. Vente, Josefina. Ya vámonos para la casa.